

Dr. David A. deSilva , Hebreos, Sesión 7b, Hebreos 7:1-8:13: Mejor sacerdocio, mejor pacto (Parte 2)

© 2024 David deSilva y Ted Hildebrandt

Al comienzo del capítulo 8, el autor continúa con su exposición del ministerio sacerdotal de Jesús con una declaración explícita de la idea principal o el punto principal, el cefalón al que se ha estado dirigiendo la discusión anterior. El punto principal con respecto a estas cosas que se dicen aquí es este: Tenemos un sumo sacerdote tan grande, uno que se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario y del verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no un ser humano.

El autor vuelve a centrar el argumento, que a partir de este punto se centrará en los detalles del mejor sacrificio sacerdotal de Jesús en el mejor lugar de la mediación. El autor también reafirma una vez más que los oyentes disfrutaban de las grandes ventajas que describe y, por lo tanto, tienen motivos para tener esperanza y para seguir invirtiendo en sus compromisos anteriores de seguir buscando los beneficios de Dios. El segundo aspecto alimenta particularmente las exhortaciones prácticas que flanquean el discurso central en el capítulo 4, versículos 14 a 16, y el capítulo 10, versículos 19 a 25, donde el autor sigue animando a los oyentes a centrar su atención y sus energías de manera centrípeta unos hacia otros y hacia ese centro donde se encuentra Dios como la ubicación de su esperanza.

En la apertura del capítulo 8, escuchamos nuevamente el Salmo 110, versículo 1, en la combinación de las nociones de ser designado sacerdote por Dios y sentarse a la diestra de Dios. Es posible que el autor haya considerado importante el orden de estos eventos en el Salmo 110. En el Salmo 110, versículo 1, Dios invita a esta figura a los lugares celestiales para sentarse a la diestra de Dios.

Un poco más adelante, en el versículo cuatro, Dios designa a esta figura para un nuevo orden de sacerdocio. El autor de Hebreos lee este salmo como una sugerencia de un sacerdocio celestial, que se ejercerá desde el punto de vista del lado derecho del propio trono de Dios en el reino invisible, en lugar de en esta creación material visible. Se ejercerá en el verdadero tabernáculo, el que el Señor levantó y no un ser humano.

Otros textos de los primeros siglos a. C. y d. C. dan testimonio de la tendencia a criticar los templos materiales terrenales como lugares sagrados inferiores, ya que están contruidos por manos humanas. Lo encontramos, por ejemplo, hacia el final del discurso de Esteban en Hechos capítulo 7 o en el proceso del discurso de defensa de Pablo ante el Areópago en Hechos capítulo 17. El autor de Hebreos parece

introducir implícitamente este tema de crítica aquí, y contrasta el origen humano material de cualquier santuario terrenal con el origen eterno, divinamente fabricado, del santuario celestial donde Jesús ha ido a ministrar como sacerdote.

La naturaleza misma de ese lugar es muy superior a cualquier tabernáculo terrenal, así como el constructor de ese tabernáculo celestial es superior a los constructores de templos terrenales. El autor recurre así a la tendencia a pensar en lo hecho por el hombre frente a lo hecho por Dios, lo visible y terrenal frente a lo invisible y celestial para subrayar el mejor lugar en el que Jesús ejerce su sacerdocio. El versículo siguiente presenta los sacrificios que ofrece este mejor sacerdote en un mejor lugar, un tema que se tratará bastante en los capítulos 9 y 10.

El autor escribe que todo sacerdote es designado para ofrecer ofrendas y sacrificios, por lo que era necesario que él, es decir, Jesús, tuviera algo que ofrecer. La definición del papel y la responsabilidad de un sacerdote recuerda la definición anterior dada en Hebreos 5 versículo 1. La principal ocupación de los sacerdotes en las prescripciones de la Torá, el Pentateuco y los cinco libros de Moisés es la ofrenda de sacrificios, de modo que para que Jesús actuara como sacerdote, también sería necesario que tuviera algo que ofrecer. El autor desarrollará más adelante la naturaleza, la justificación y la eficacia de este sacrificio.

Ahora, Jesús pasa a responder una pregunta implícita: si Jesús no estuviera en los lugares celestiales, ¿podría ser sacerdote? Así, en el versículo 4 leemos que si estuviera en la tierra, no sería sacerdote, puesto que ya hay quienes ofrecen ofrendas según la ley. Este es un argumento contrario que apoya la afirmación anterior de los versículos 1 y 2, aquí en el capítulo 8, de que, de hecho, vemos a Jesús como sacerdote en el cielo.

Por el contrario, si Jesús todavía estuviera en la tierra, no habría sido sacerdote. La presuposición aquí es que Jesús es un sacerdote en algún lugar, y si no está en la tierra, ya que no estaría calificado para ofrecer los tipos de sacrificios que prescribe la Torá, debe ser un sacerdote en el cielo. En cuanto al razonamiento que el autor ofrece aquí, ya que ya hay quienes ofrecen ofrendas según la ley, el autor se basa una vez más en el hecho de que Jesús descendía de Judá y no de Leví.

El autor ya ha admitido en el capítulo 7, versículo 14, que Jesús estaba fuera de los requisitos de la Torá para el sacerdocio basados en la descendencia genealógica de Leví tal como son. Por lo tanto, vemos que parte de este argumento se desarrolla en este pasaje. Dado que Jesús debe ser sacerdote, como declara el Salmo 110 versículo 4, y dado que no puede ser sacerdote en el santuario terrenal, regulado como está por la Torá, con sus propias reglas sobre lo que califica a los sacerdotes, él es, por lo tanto, un sacerdote en el santuario celestial, el único otro santuario legítimamente conectado con el único Dios.

En respuesta a la declaración del autor sobre el sacerdocio de Jesús en el santuario celestial, bien podríamos preguntar: ¿qué santuario celestial? Los cristianos del siglo XXI no suelen pensar en la geografía del cielo, por así decirlo, en términos de un templo con sus propios rituales y parafernalia. Pero en los siglos que siguieron al cambio de era, no era nada raro pensar en el cielo y el lugar donde Dios mora plenamente como, en efecto, un reflejo de dónde mora Dios en la tierra. Como escribe más adelante el autor de Hebreos, quienes ofrecen ofrendas según la ley sirven a un modelo y una sombra de las cosas celestiales.

Así como Moisés fue advertido cuando estaba a punto de terminar el tabernáculo, mira que hagas todas las cosas, dijo, según el modelo que se te mostró en el monte. El autor introduce aquí una recitación de Éxodo 25, versículo 40 para probar tanto la naturaleza secundaria del templo terrenal, que es sólo una copia, como la existencia de un templo celestial primario, del cual el templo o tabernáculo terrenal es un modelo. La noción de una contraparte celestial del templo de Jerusalén o del tabernáculo del desierto era común en el judaísmo de la era helenística, como lo era la apelación a una exégesis de Éxodo 25:40 en apoyo de esta creencia.

En el Primer Enoc, una parte del Primer Enoc que data quizás de finales del siglo III o principios del II a.C., encontramos al autor hablando de una casa de dos habitaciones en el cielo, con un trono de Dios en la segunda habitación. La disposición de la morada celestial de Dios es, por tanto, claramente un reflejo de la casa terrenal de Dios con sus dos lugares sagrados, un lugar sagrado y un lugar aún más sagrado donde se encuentra especialmente la presencia de Dios. La Sabiduría de Salomón, un texto judío helenístico de principios del siglo I d.C., también muestra la prevalencia de este motivo cuando su autor asume la personalidad de Salomón.

Alabado sea Dios en el capítulo 9, versículo 8, que dijiste que se construyera un templo en tu santo monte y un altar en la ciudad de tu morada, una imitación del tabernáculo santo que preparaste de antemano desde el principio. El segundo Baruc, un Apocalipsis judío de alrededor del año 100 d. C. , describe a Dios consolando a Baruc con respecto al destino de Jerusalén y su destrucción por Nabucodonosor al afirmar la realidad de una Jerusalén celestial con su templo, algo que Dios había mostrado a Adán y a Moisés mucho tiempo atrás, un verdadero templo que no podía ser tocado por los ejércitos gentiles. El libro de Apocalipsis también contiene una gran cantidad de alusiones al templo celestial, así como a sus diversos muebles.

El autor de Hebreos también creía en la existencia de este tabernáculo, este templo en el reino de Dios, que fue preparado desde el principio para que sea en realidad el prototipo, como lo expresa el mismo predicador en Hebreos 8.5, del cual el tabernáculo terrenal es el antitipo, como dirá el autor en el capítulo 9 versículo 24. Es la imitación, la copia, la sombra. Ahora bien, cuando nos encontramos con palabras como copia y sombra, podríamos pensar naturalmente en definiciones platónicas de la realidad, según las cuales lo que es real existe en el reino de las ideas, el reino de

las construcciones mentales, mientras que las representaciones físicas aquí en el mundo visible son meramente copias o modelos, representaciones secundarias de esos tipos ideales o ideacionales.

Pero el autor de Hebreos no era precisamente un platónico. Estaba de acuerdo en que las realidades invisibles son superiores a sus imitaciones materiales, pero situaba estas convicciones firmemente dentro de la cosmología judía. Es decir, no oponía lo visible y material al reino de las ideas, sino más bien al reino celestial eterno, que actualmente es invisible, pero no siempre lo será.

El autor también lo sitúa en un marco temporal en línea con el interés judeocristiano por el drama histórico de la redención y la escatología, que sería completamente ajeno al pensamiento de Platón. El autor vuelve ahora en este punto, en el versículo 6, a su tesis utilizando nuevas palabras para expresar la misma idea que se encuentra en el capítulo 8, versículos 1 y 2. Pero ahora ha recibido un ministerio correspondientemente más distinguido, ya que es el mediador de un mejor pacto, que fue legislado sobre la base de mejores promesas. El ministerio de Jesús es un efecto del nuevo pacto, que es a su vez un efecto de mejores promesas.

Todo esto está garantizado por el juramento de Dios en relación con el sacerdocio de Jesús y, por extensión, el nuevo pacto que se le atribuye. Esto llevará al autor a una de las afirmaciones más sorprendentes que hace sobre el antiguo pacto en el transcurso de su sermón en el resto del capítulo 8. En Hebreos 8, versículos 7 al 13, el autor proporciona ahora la evidencia bíblica para dejar de lado el antiguo pacto en favor de uno nuevo y más eficaz, recitando Jeremías 31, versículos 31 al 34. Este texto de Jeremías también proporciona una indicación de cuáles son esas mejores promesas, un tema que el autor desarrollará en profundidad en Hebreos 9:1 al 10:18. Lo que sigue entonces en Hebreos 8:7 al 13 es una confirmación de la afirmación que el autor hizo en el versículo 6 de que Jesús es el mediador de un mejor pacto fundado en mejores promesas.

Al mismo tiempo, proporciona una transición a la siguiente sección de argumentación. El autor aborda su recitación de Jeremías con un argumento contrario. Escribe que si el primero hubiera sido impecable, no se habría buscado un lugar para un segundo.

Luego, recita el texto de Jeremías para demostrar que Dios mismo había dejado de lado el primer pacto por considerarlo ineficaz, estableciendo un tiempo en el que haría un nuevo pacto que sería eficaz y, por lo tanto, mejor. Una vez más, la cronología de los oráculos de Dios resulta significativa. Hablando a través de Jeremías, después de siglos de funcionamiento del sacerdocio levítico bajo las normas de la Torá, se ve a Dios dejando de lado un pacto existente a favor de uno que hará con su pueblo en un futuro cercano.

El autor continúa diciendo que, para censurarlos, dice: «Vienen días, dice el Señor, en que haré con la casa de Israel y con la casa de Judá una nueva alianza, no como la alianza que hice con sus antepasados el día que los tomé de la mano para sacarlos de la tierra de Egipto, porque no permanecieron en mi alianza y dejé de cuidarlos, dice el Señor». Esta primera parte de la recitación ofrece la censura de Dios a quienes no cumplieron con la excelencia de la primera alianza. Criticándolos, dice: «No perseveraron en mi alianza, por eso no me preocupé por ellos, dice el Señor».

El autor puede querer que sus oyentes recuerden específicamente el ejemplo de la generación que Dios sacó de Egipto de la mano pero que se rebeló contra Dios y terminó muriendo en el desierto, un ejemplo que el predicador ya ha desarrollado con cierta extensión en Hebreos 3:7 a 4:11. La segunda mitad de la recitación del texto de Jeremías proporciona el texto de las mejores promesas en sí mismas. Este es el pacto que instituiré con la casa de Israel después de aquellos días, dice el Señor.

Pondré mis leyes en su mente, y las escribiré sobre su corazón; y seré para ellos un Dios, y ellos serán para mí un pueblo; y no enseñarán ninguno a su conciudadano, ni ninguno a su hermano, diciendo: Conoce al Señor; porque todos me conocerán, desde el más pequeño hasta el más grande, porque tendré misericordia de sus transgresiones y de sus pecados; y no me acordaré más. Esta parte del texto de Jeremías habla en primer lugar de una interiorización de los mandamientos de Dios, de un conocimiento interno y de un compromiso de vivir de acuerdo con las leyes de Dios.

El autor no comenta este versículo en la exposición que sigue, pero claramente resuena con su interés a lo largo del sermón en que los creyentes vivan de manera que agraden a Dios y eviten lo que Dios odia, fijando sus corazones en Dios y en el favor de Dios en confianza leal y obedeciendo los mandamientos de Dios para ellos, viviendo el amor al prójimo, que está en el corazón de la ley de Dios. Una línea en este pasaje recitada de Jeremías, y ciertamente no enseñará más cada uno a su conciudadano o vecino, diciendo, conoce al Señor, podría parecer al principio en conflicto con la exhortación del autor en Hebreos 5, versículos 11 al 14, donde el autor alienta explícitamente a los creyentes a enseñarse unos a otros. Allí, sin embargo, el autor tiene en mente la necesidad de continuar reforzando la cosmovisión y el ethos de la cultura cristiana para los demás, algo que menciona a lo largo del sermón.

En un sentido más profundo, sin embargo, el autor afirma que todos los miembros de la comunidad han llegado a conocer íntimamente al Señor a través de la experiencia del Espíritu Santo, a la que se refiere tanto en el capítulo 2, versículos 3 y 4, como en el capítulo 6, versículos 4 y 5. Sólo necesitan exhortarse unos a otros a ser fieles al conocimiento de Dios que han recibido. El último verso de Jeremías 31-34 es: “Seré propicio a sus pecados y a sus transgresiones, y no me acordaré más de ellos”. Esto surge como un punto crucial para el argumento que sigue.

De hecho, estos versículos reaparecerán en Hebreos capítulo 10, versículo 17, como la conclusión a la que conduce todo Hebreos 9, 1 al 10, 18. La eliminación decisiva de estos pecados que hacen que la conciencia sea impura significaría que los adoradores podrían acercarse al Dios Santo con la plena expectativa de favor y ayuda en lugar de esperar que la santidad de Dios se proteja a sí misma de la contaminación quemando al invasor impuro. El autor continuará en los capítulos siguientes desarrollando cómo el sacrificio de sí mismo y la ofrenda de su sangre por parte de Jesús en obediencia a Dios afectan esta purificación decisiva del pecado y hacen posible el acceso cara a cara entre Dios y los clientes de Jesús, en marcado contraste con las limitaciones impuestas al acceso a Dios bajo el antiguo pacto.

El autor concluye esta sección con la siguiente declaración polémica. Al decir nuevo, hace que lo primero sea viejo, y lo que se está volviendo viejo y obsoleto está cerca de desaparecer. El autor está extrayendo aquí las implicaciones del texto, específicamente el uso que hace Jeremías del adjetivo nuevo para describir el pacto que Dios haría.

Al llamar nuevo al segundo pacto, el autor argumenta que el primero queda viejo, lo que conlleva el significado secundario de anulado, ya que el pacto no sólo envejeció, sino que Dios lo hizo obsoleto. El autor añade una inferencia adicional sobre lo que significa volverse obsoleto y envejecido. Significa que algo está en camino de desaparecer de esta realidad.

De esta manera, el autor vincula el antiguo pacto a la creación material y visible que está pasando y presenta la relación que se forja entre los seres humanos y Dios a través de Jesús como el vínculo relacional de pacto que perdurará, realzando una vez más el valor de aferrarse a esta relación para los destinatarios, algunos de los cuales pueden verse tentados a abandonarla. El autor ha presentado sus objetivos pastorales para sus oyentes de varias maneras en los capítulos siete y ocho. Primero, continúa impresionando a los oyentes sobre el honor incomparable de Jesús, aquí por medio de establecer que el lugar de Jesús en el ordenamiento del cosmos por parte de Dios está muy por encima y más allá del de los sacerdotes investidos con el honor de servir a Dios en el tabernáculo y templo terrenales de Dios.

El linaje de Aarón y el linaje más amplio de Leví son ciertamente honrados en la historia sagrada de Dios, pero Jesús y su orden sacerdotal se encuentran en un plano superior al de ellos. El autor también ha establecido, sobre la base de la autoridad de las Escrituras, la realidad de las cosas invisibles de las que habla. Habla de la instalación de Jesús como sumo sacerdote según el orden de Melquisedec en un templo celestial, del cual el templo visible de Jerusalén no es más que un modelo.

Esta es sólo una manera más en la que el autor está tratando de hacer que los oyentes imaginen y visualicen el reino invisible e inmaterial de Dios como algo tan

real, con, por ejemplo, una geografía y arquitectura tan reales como cualquier cosa que vean tallada en mármol y piedra caliza a su alrededor en sus ciudades. El reino de Dios es igualmente real. También ha demostrado, a través de la apelación a Jeremías, una decisión divina de dejar de lado el primer pacto junto con su sacerdocio debidamente designado y regulado a favor de este nuevo pacto con su nuevo sacerdote.

Se reconoce que esta afirmación es muy controvertida, no porque el autor de Hebreos no tenga clara su postura, sino más bien debido a un enorme cambio teológico que se ha producido en nuestro contexto desde el Holocausto. Frente a los horrores a los que había conducido el antisemitismo, muchos teólogos comenzaron a promover una teología de los dos pactos, según la cual el pacto mosaico seguía siendo el camino para el pueblo judío y el nuevo pacto era el camino para los no judíos, siendo ambos igualmente válidos y operativos a los ojos de Dios. Si bien esta se ha convertido en una forma de pensar destacada a finales del siglo XX y principios del XXI, no era la opinión del autor de Hebreos ni tampoco la de Pablo, como se afirma a menudo, que estaba tan afligido por el fracaso de su propio pueblo en aceptar a su Mesías que podría desear ser maldecido y separado de Dios si eso revirtiera esa tendencia.

Todos estos puntos juntos sirven al objetivo general del autor de reforzar para sus oyentes el valor de Jesús y el valor de permanecer conectados con este Jesús en lugar de permitir que su audiencia piense que es de alguna manera desventajoso para ellos continuar estando asociados con Jesús debido a las presiones que han sido puestas sobre ellos por sus vecinos y debido a lo que han perdido como resultado de la hostilidad de su vecino. En Jesús, tienen un sacerdote de una línea sacerdotal más distinguida, uno cuya obra sacerdotal está respaldada por un juramento divino que asegura su validez permanente, un sacerdote que posee mejores calificaciones como mediador confiable, que nunca morirá, que no está sujeto al pecado y por lo tanto a alienar a la misma deidad cuyo favor también debe mediar, un sacerdote que ejecuta su trabajo en un lugar superior, el reino eterno de Dios, en el verdadero lugar santísimo más allá de la creación, y un sacerdote que media un mejor pacto que implica la eliminación decisiva de la culpa y trae el conocimiento íntimo de Dios y los requisitos de Dios. Al remontarse a Melquisedec en Génesis 14, a las prescripciones mosaicas sobre el servicio de Dios en un tabernáculo y su personal en la Torá, a los oráculos de Dios hablados a través de David y luego a través de Jeremías, el autor también da a los oyentes una nueva perspectiva sobre su situación, una perspectiva también calculada para facilitar la perseverancia.

Si sólo observan la dirección que han tomado sus vidas en los últimos cinco, diez o veinte años desde que se convirtieron a la fe cristiana, tendrán una visión bastante sombría de la trayectoria que ha tomado su situación. Las cosas han ido más bien a peor que a mejor, pero si adoptan esta perspectiva más amplia que el autor presenta desde el punto de vista de la relación de Dios con la humanidad para formar un

pueblo para sí mismo, se encuentran en un punto de notable privilegio, porque Dios ha traído ahora las cosas mejores que ha estado preparando desde el fracaso de las cosas anteriores. Cosas hacia las que se dice que el rey David había mirado, cosas acerca de las cuales el profeta Jeremías sólo pudo hablar de antemano.

Así pues, desde este punto de vista, el lugar que ocupan en la historia es en realidad un lugar envidiable, no un lugar de desventaja como sus vecinos podrían intentar hacerles creer. Una vez más, la palabra de Hebreos continúa interpelándonos también en nuestra situación. La misma perspectiva histórica de la salvación que el autor ofrece a su audiencia sobre el acceso a Dios del que disfrutaban también debería advertirnos a nosotros, que vivimos dos milenios después de la muerte de Cristo, de que no debemos dar por sentado este acceso.

Lo que Cristo logró para que la humanidad se acercara a lo divino fue algo así como un momento increíble que cambió la manera en que los seres humanos respondían y estaban capacitados para acercarse a Dios de una manera definitiva. El culto cristiano que se presenta ante el Todopoderoso juntos no es, por lo tanto, una tarea, no es una obligación que nos quita tiempo los domingos, sino un privilegio asombroso. La seguridad que se le da al cristiano no sólo de poder acercarse a Dios en adoración y oración en cualquier momento, sino también de estar capacitado para entrar en la presencia de Dios, ya sea después de la muerte o en la segunda venida de Cristo, es un beneficio que era impensable para cualquier persona en el período anterior a Jesús.

El autor, por tanto, nos desafía a mantener vivo en nuestras mentes el privilegio que Jesús ha ganado para nosotros como si, en verdad, fuera algo nuevo y fresco para nosotros y no algo de hace dos milenios. A lo largo de esta sección y particularmente en el capítulo 8, el autor nos recuerda que la creación material visible tiene menos valor y es una realidad menos segura que la que existe en el reino eterno e invisible de Dios. Este es otro punto en el que el autor nos quiere sacar de nuestro compromiso con el empirismo y el materialismo, confiando y preocupándonos más por lo que podemos ver, sentir y oír en lugar de por lo que queda más allá de la observación de nuestros sentidos.

Para seguir a Cristo con todo nuestro corazón en lugar de dividir nuestro tiempo, energías e inversión entre Dios y Mammón, es necesario aferrarse a lo que el autor expone al principio y al final de su sermón. El mundo material visible es el que no es confiable, mientras que Jesús es el fundamento confiable sobre el cual construir una vida verdaderamente segura. Las recompensas de este mundo pueden parecer más reales que los susurros de las promesas de Dios, pero mientras pensemos y evaluemos las cosas de esta manera, careceremos de la sencillez de corazón que le da al discipulado su poder, integridad y alegría.

El autor trata de ayudarnos a entender que el juramento de Dios nunca fallará, que las promesas de Dios llegarán a los fieles y que Jesús nunca defraudará a quienes confían en él; por ello, el autor trata de ayudarnos a seguir construyendo nuestra vida plenamente en torno a estas promesas y a la palabra de este Jesús.